

masiados los sustos que á don Juan daba, que los moderase, porque podia ser perdiere la vida con ellos. Parecióle buen consejo al corregidor, y así entró á llamar al que le confesaba, y dijole que primero habian de desposar al gitano con Preciosa la gitana, y que despues se confesaria, y que se encomendase á Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas.

En efecto, Andres salió á una sala donde estaban solamente doña Guiomar, el corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando Preciosa vió á don Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazon, y se arrimó al brazo de su madre que junto á ella estaba, la cual abrazándola consigo, le dijo:

—Vuelve en tí, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho.

Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabía cómo consolarse; y la gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El corregidor dijo:

—Señor tiniente-cura, este gitano y esta gitana son los que vuestra merced ha de desposar.

—Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren: ¿dónde se han hecho las amonestaciones? ¿dónde está la licencia de mi superior para que con ellas se haga el desposorio?

—Inadvertencia ha sido mia,—respondió el corregidor;—pero yo haré que el vicario la dé.

—Pues hasta que la vea,—respondió el tiniente-cura,—estos señores perdonen.

Y sin replicar más palabra, porque no sucediese algun escándalo, se salió de casa, y los dejó á todos confusos.

—El padre ha hecho muy bien,—dijo á esta sazón el corregidor,—y podria ser fuese providencia del cielo esta para que el suplicio de Andres se dilate, porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amar-

gas dificultades: y con todo esto querria saber de Andres, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendria por dichoso ya siendo Andres Caballero, ó ya don Juan de Cárcamo?

Así como oyó Andres nombrarse por su nombre, dijo:

—Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio, y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallára hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo.

—Pues por ese buen ánimo que habeis mostrado, señor don Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y agora os la doy y entrego en esperanza por la más rica joya de mi casa, y de mi vida, y de mi alma, y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy á doña Costanza de Acevedo y Meneses, mi única hija, la cual si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje.

Atónito quedó Andres viendo el amor que le mostraban, y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo con las certísimas señas que la gitana vieja habia dado de su hurto, con que acabó don Juan de quedar atónito y suspenso; pero alegre sobre todo encarecimiento abrazó á sus suegros, llamóles padres y señores suyos, besó las manos á Preciosa, que con lágrimas le pedia las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habian estado presentes; el cual sabido por el alcalde, tío del muerto, vió tomados los caminos de su venganza, pues no habia de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del corregidor. Vistióse don Juan los vestidos de camino que allí habia traído la gitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro: la tristeza de los gitanos presos en alegría, pues otro dia los dieron en fiado: recibió el tío del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron porque bajase de la querrela y perdonase á don Juan, el cual no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél hasta que desde allí á cuatro dias tuvo nuevas ciertas que se habia embarcado

en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habían partido. Dijo el corregidor á don Juan que tenía por nueva cierta que su padre don Francisco de Cárcamo estaba proveído por corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperalle para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. Don Juan dijo que no saldria de lo que él ordenase; pero que ante todas cosas se había de desposar con Preciosa. Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bienquisto el corregidor, con luminarias, toros y cañas el dia del desposorio: quedóse la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa: llegaron las nuevas á la córte del caso y casamiento de la Gitanilla: supo don Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano, y ser la Preciosa la gitanilla que él había visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenía por perdido, por saber que no había ido á Flándes; y más porque vió cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era don Fernando de Acevedo: dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte dias ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla; y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa miétras los siglos duraren.

Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andres el gitano, y confesó su amor y su culpa, á quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.

EL AMANTE LIBERAL

—¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apénas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuviérades ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviaria nuestro tormento: esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como la en que os derribaron, os podeis ver levantados; mas yo, desdichado, ¿qué bien podré esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba ántes deste en que veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fui sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.

Estas razones decia un cautivo cristiano, mirando desde un reuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y así hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle (propia condicion de afligidos que llevados de sus imaginaciones hacen y dicen cosas ajenas de toda razon y buen discurso). En esto salió de un pabellon ó tienda, de cuatro que estaban en aquella campaña puestas, un turco mancebo